

su ciencia y sus virtudes? ¿A qué fin referir los hechos de su vida, si siempre he de quedar abajo de la realidad? Y no obstante, la relación sencilla de esa vida de trabajo sería su mejor elogio, porque como ha dicho Salomón, á los hombres extraordinarios sólo sus acciones pueden alabarlos.

Quede esta tarea para sus compañeros, para los que sin las lágrimas que velan mis ojos y sin la pena que embarga mi razón, puedan estimar su mérito científico, para aquellos en cuyo seno vivió.

Yo lloro al amigo y admiro al sabio que poseía esa sabiduría de la que decía Bossuet, que el mundo no comprende y que eleva á quien la abraza; esa sabiduría que hace al hombre incapaz de deslumbrarse por las grandezas humanas, aparecer sin ostentación y ser visto sin envidia. He aquí por qué el Dr. Lucio se colocó siempre abajo de si mismo: llevado á los primeros puestos de su Facultad, vivió siempre tan modesto como grande; en sus importantes empleos, superior á su interés propio, sólo consideró el bien general, y al morir abandonó la vida y los cargos que le estaban confiados sin que esto le costara un solo suspiro. Esta abnegación hace del día de su muerte su día más triunfante.

Honremos, sí, la memoria de este hombre que fué ilustre por sus hechos, y no, como decía Mirabeau, en su elogio fúnebre únicamente; sigamos el consejo del orador y recomendemos al homenaje de la ciencia, á su héroe, á fin de que nunca se diga de él lo que se ha dicho de muchos hombres de mérito, que si abandonasen sus tumbas para volver al mundo algunos años después de su muerte, se apresurarían á entrar de nuevo en ellas para no ver el brillo de su nombre empañado y su memoria olvidada.

MANUEL MARÍA CONTRERAS.

#### **PÓR LA SOCIEDAD MÉDICA "MIGUEL JIMÉNEZ," DE PUEBLA.**

DIGNO SR. PRESIDENTE:

ILUSTRÍSIMOS SRES. ACADÉMICOS:

SEÑORES:

Según consta á la Secretaría por los documentos que en ella he depositado, hoy á las diez de la mañana he recibido el oficio-credencial en que la Ilustre Sociedad Médica «Miguel Jiménez,» de Puebla, me comunica el acuerdo en pleno, tomado en la noche del 26 del actual, para que le representase en este concurso de lágrimas, en este triste banquete del espíritu.

Pasé inmediatamente á la Secretaría de la «Escuela Nacional de Medicina,» en solicitud de datos biográficos del hombre eminentísimo cuyo elogio póstumo entre pocas horas habria de efectuarse; pero el fino caballero que dignamente la desempeña, por carecer de ellos, nada pudo facilitarme. Así, señores, que el peso que me abrumba por la honra, tan inmerecida

como inesperada, de que he sido objeto; la elocuencia desplegada por los oradores, que me confunde, y la falta de datos meditados que me intimida; todo esto, señores, contribuye á colocar en situación difícil á mi ánimo..... Pero la misión que se me encomienda es la de hablar, y hablaré, Señores, por más que debiera callar para poder expresar cuanto pienso y siento en este momento, para mí solemnisimo; pues con la elocuencia del silencio, pueden transmitirse, sin temor de que palidezcan, las innumerables y varias concepciones de la mente é impresiones del corazón. Pero, repito, se me ha designado para que hable, y sin más datos que los que en este momento he recogido al escuchar los elocuentes discursos que aquí se han pronunciado, voy á acometer la difícil tarea que con equivocada elección me ha sido encomendada, suplicándoos, señores, que os sirváis excusar las múltiples faltas que habré de cometer en la desaliñada exposición de mis pobres ideas; las que, con respeto y sinceridad, someto á la crítica y rectificación de vuestros talentos.

Confieso, señores, sin afectada modestia, que siempre que debo hablar, la conciencia que tengo de la pequeñez de mis potencias intelectuales, hiela en mi cerebro la idea y trunca en mis labios la palabra. Pero nunca como esta noche, señores, he sentido cohibidas mis facultades; explicándome esto al considerar que debo ocuparme de un *sabio* y de un *apóstol*; y, *para pintar las proezas de Aquiles, se necesitan las fuerzas de Homero.*

Hay en las sociedades y en las generaciones humanas, algunos hombres que son á manera de resortes misteriosos que la mano del Eterno toca en las épocas de transición para impulsar á nuestra especie en su marcha de progreso en el *tiempo* y en el *espacio*. Hombres, señores, que como ha dicho un erudito escritor, pudiera contemplárseles como *instrumentos* de que Dios se vale para efectuar en la *pequeña* Tierra las grandes obras de la justicia del cielo; y Lucio, á no dudarlo, fué uno de esos resortes misteriosos, uno de esos instrumentos del *Ser sin principio y causa de los seres.*

Yo sé, señores, que Lucio fué un médico en carácter; es decir, sé que estudiaba y difundía la ciencia, y practicaba la más hermosa y trascendental de las virtudes, la caridad cristiana. ¿Qué más necesito saber? El hombre que así procede interpreta en su verdadera importancia la misión del apostolado de la Medicina en la tierra.

Lucio fué un sacerdote de la idea, y su genio era como el resultado de la personificación del pensamiento del Creador en el ser creado. Su vida fué una epopeya gloriosa de saber y de virtudes: una apoteosis de las madres y de los maestros mexicanos.

Fué como un soberbio cuadro en el que derramó las inspiraciones de su genio, el Apeles poderoso con cuyo pincel magnificante se ha dado luz á las

estrellas y sombra á los abismos. . . . . Fué como un poema inmensamente sublime de ese Homero cuya Iliada tiene por caracteres á los astros, por páginas á las constelaciones y por campo de Troya al Infinito. . . . . Sí, señores, un hombre que reúne las cualidades que adornaban á ese respetable anciano, es una especie de estatua escultural del progreso moderno fundida en el laboratorio del Supremo Fidias, de cuyo cincel han brotado los microsoarios y el hombre, las moléculas y los mundos.

Lucio no ha muerto, señores: tal es el sentir de la ilustre «Sociedad Médica» que tengo el honor de representar. En una Academia de ese género, hablar de la muerte tomando la frase en su acepción más estricta, equivale á una herejía científica; pues que la muerte, según lo indica su etimología, es la cesación, y ésta no se palpa en ninguna de las esferas en que se manifiesta la vida de la naturaleza.

Lucio es la personalidad, su cuerpo es el animal. El cuerpo, como sabéis, se metamorfosea por la disgregación de las partes; pero la personalidad, Lucio, la idea, como sus obras, no desaparecen. Y la prueba, señores, es, que aquí estamos todos; y ¿por qué estamos? porque existe todavía, porque aún sentimos arder sobre el ara de la ciencia el fuego inextinguible de su genio, en donde para llegar á él se purifican nuestros conceptos. Porque aún la voz de su silencio repercute en nuestros oídos y conmueve nuestras almas; voz penetrante y autorizada cuyos ecos habrán de repetirlos las generaciones. Lucio merece el honor de sus contemporáneos y de sus postreros, y vivirá por siempre en el corazón de todos los que se afanan por la causa de las ciencias, que es la causa de la Divinidad en la tierra: él no ha muerto, no: en la mentira de la muerte comienza la realidad de la vida, pues que viven los que mueren en la vida mortal para vivir la vida de la inmortalidad.

Lucio deja tras sí una estela de fuego esplendorosa, como la estela que deja el rayo cuando desgarrá á la encrespada nube: él brilla en las eternas sombras del sepulcro como brillaría un pedazo del Sol que fuese arrojado en medio de la pavorosa oscuridad que puebla el frío seno de las tumbas; él, señores, se destaca en el plano de la historia de su época, como se destaca, informe, en el plano de la naturaleza, el Soberano Arquitecto que en el círculo de su compás, encierra no tan sólo al opaco planeta que habitamos, átomo insignificante en los espacios siderales; sino que también á las constelaciones más remotas de los cielos. Lucio fué como una de las más brillantes emanaciones del Verbo creador é increado: fué como el eco de una de las armonías que arranca de su áurea lira el Poeta de la inmensidad: como una de las más sonoras notas que forman la vibración eterna de los siglos: como uno de los más bellos relieves del Artista de lo Infinito.

He dicho:

AURELIO C. SILVERA.